



PARIS-CHARMANT-ARTISTICO  
 PERIODICO ILUSTRADO DE LAS NUEVAS MODAS

Se publica el 1º y el 15 de cada mes

DIRECCION Y ADMINISTRACION : 182, BOULEVARD SAINT-GERMAIN

SUMARIO : Paris á vuelo de pluma. — Descripcion de los grabados. — Explicacion de las labores para señoras. — Explicacion del patron cortado. — La Luz del Alba. — Correo de la moda. — La casa del diablo.

## PARIS Á VUELO DE PLUMA



IGNORO si ustedes, amables lectoras, van todos los dias al *bois de Boulogne*; mas lo que sí me consta, es que muchisima gente que ántes no podia prescindir de ese paseo parisien, ha empezado á abandonar la costumbre de darse cita en sus frondosas alamedas y á orillas de sulago.

Hoy dia, muchas personas que no hace mucho desconocian del *bois de Boulogne* todo lo que no son los puntos frecuentados por los carruajes, se han arriesgado á pasear á pié por sus pequeñas sendas y sus rincones más ocultos y apartados, con objeto de respirar el aire libre y las silvestres emanaciones del campo.

Las costumbres varían con las modas, y conforme en años pasados las exigencias del lujo requerian un tren superior á las fuerzas de cada cual, hoy no se tiene á ménos saludar á un príncipe desde el modesto carruaje de alquiler ó que nos vean sentados en rústico banco de pintado pino.

Por lo demas, hay que confesar que todo tiene su atractivo, y nadie ha dejado de contemplar alguna vez con satisfaccion, el misterioso aislamiento de esos puntos apartados del bullicio, y en donde se percibe el canto de los ruiseñores y el murmullo del follage conmovido por el viento.

Otros prefieren el campo, hermanado con la animacion de la concurrencia, y para estos guarda el paseo del *bois* (único por excelencia en Paris) su entrada de las fortificaciones, los alrededores de la cascada y esa inmensa avenida

de acacias, que se cruzan y entrelazan en sus cúpulas para formar frondosa bóveda, interrumpida tan sólo de trecho en trecho como para enseñarnos el cielo azul, sobre el que contemplemos las caprichosas líneas del primaverall follage.

Los carruajes ruedan allí en cuatro filas que se aproximan y se tocan en el lento marchar de sus ruedas, arrastrados por los mejores caballos del mundo.

Hasta en los sitios ejerce influencia la tiránica moda, y si hace años venia rindiéndose culto con preferencia marcada al lago central del bosque y más tarde á los alrededores de la cascada, hoy no piensa el infiel *high life* más que en la frondosa calle de acacias que hemos indicado.

La moda, pues, consagra un sitio, como consagra una forma de vestido ó el color de un sombrero.

Por lo demas, el observador se convence de que la concurrencia es siempre igual con ligeras variantes, pudiéndose citar las mismas fisonomías, las mismas elegancias, los mismos coches é idénticas tendencias.

Así, el provinciano que llegado á Paris desea contemplar desde el fondo de su fiacre la fashion notable de Paris, cree llegado el caso de decir á su cochero: « al lago, » sin tener en cuenta ó sin saber, mejor dicho, que sólo hallará caras vulgares y desconocidas de honrados comerciantes ó de empleados soñolientos conducidos en carruajes apocalípticos y arrastrados por clavileños de los brios del famoso Rocinante.

Es difícil, sin embargo, para el que no conoce el mundo parisien, poder hoy deducir el estado social de un paseante por el carruaje que lo soporta, puesto que como hemos dicho al principio de estas líneas, el príncipe y el duque no se desdennan en tomar el fresco en un *simon*, dejando reposar si á mano viene en su palacio, los soberbios caballos que tan caros suelen costar en las orillas del Sena.

El gran lujo de otras épocas consistia en pasear con el tren más caro que permitiese la fortuna de cada cual. El ganado rivalizaba con los esfuerzos del *carrosier*, y las libreas parecian como reflejar el orgullo, la pompa ó los blasones de las personas á quienes obedecian.

Hoy somos más demócratas; nos amoldamos con más facilidad á la época actual, y si bien es cierto que aún no llegamos á permitir que fumen los cocheros en su servicio, por lo ménos no contrastan tan ridículamente, con algunos automedontes que tienen la costumbre de ir tumbados como turcos, con los piés sobre el guardabarros, y una enorme y humeante pipa en los labios.

A propósito de esto, y entre paréntesis, bueno seria que la prensa me siguiese en estas indicaciones, para obligar á las empresas de coches públicos á corregir tales abusos, indisculpables en una poblacion culta que tan visitada es por los viajeros de todo el mundo.

Decíamos, pues, que la moda ha cedido mucho de algunos años á esta parte con respecto á las exigencias del coche, y en la actualidad se ve poco boato fuera de los dias de grandes carreras, apareciendo los buenos coches como perdidos en medio de ese mar de berlinas y victorias de alquiler, de esos landaus inmensos y llenos de barro, y de los célebres cajones amarillos conducidos por las bellezas fáciles del alegre mundo.

Cuotidianamente contéplanse, sólo como restos del buen tono del imperio, los trenes de la reina Isabel, los de la marquesa de San Carlos, duque de Fernan Nuñez, baronesa de Rotschild, conde de Cahamondo, duquesa Bisaccia, conde Potocki, capitán Barron, Mr. Wilkinson, Mr. Pignatelli, príncipe Trouvetzkoï, y algun otro personaje que no recordamos en este momento.

Hé aquí, pues, todo lo que resta del antiguo lujo de ese magnífico *bois de Boulogne* tan cantado por los poetas y tan manoseado por los novelistas.

Paséase también á pié desde hace poco, y las personas que descienden de sus coches en la avenida de las Acacias, pueden permitirse ahora, sin que sea desusado, alegre esparcimiento y recreativo ejercicio, acogiendo y fomentando así una moda que existe en todos los países del mundo y que no habia adoptado Paris hasta el presente. Gracias á ella, el que viene de Viena ó Madrid, por ejemplo, puede seguir sus costumbres de pasear un rato á pié lo mismo que si estuviese en su Prates ó en su Retiro.

De este modo se encuentra la gente y se saluda con más intimidad, se entablan diálogos animadísimos y deliciosos coloquios, que valen mil veces más que esos ceremoniosos saludos de cabeza y esas estereotipadas sonrisas, cambiados de carruaje á carruaje.

La costumbre hace detenerse á la puerta del tiro de pichon ó en alguna de las callecitas que bordean la avenida de las Acacias, tomando más tarde otra vez asiento en los cogines del vehículo y volviendo á Paris cuando desaparece el sol detras de las colinas de Ville d'Avray; señal de que el fresco empieza á dejarse sentir más de lo que buenamente deseamos.

\*  
\* \*

Ya que volvemos de paseo, poco ántes de la hora de comer, digamos algo de las diversiones con que se acaba el dia en el buen mundo, y á las que ss preparan nuestras bellas con alguna más detencion que para montar un landau.

Los trajes de baile y los fracs, siguen á la órden del dia.

Ejemplo de ello, el delicioso baile que hemos tenido últimamente en casa de la marquesa de Roys, y cuyo *bouquet* principal, como dicen los franceses, eran las señoritas de Rochefoucauld, de Aramon, de Clermont-

Tonnerre, de Coutades, de Pozzo di Borgho, d'Andlau, de Montesquiou, y alguna que otra belleza á cuyos piés nos ponemos reverentes para implorar el perdon de nuestra indisculpable mala memoria.

Entre los invitados del sexo feo recordamos solamente los señores de Boisgelin, de Vendonchel, de Kersaint, de Costa, de Beauregard y de Montesquiou.

El cotillon tué competentemente dirigido por la señorita de Roys, secundada por el marqués de Monteynard.

La baronesa de Rotschild ha abierto sus salones hace pocos dias, y todo el mundo sabe que aunque recibe poco, lo hace de un modo espléndido, cuando como el lunes último dedica una noche á sus amigos.

El hotel Talleyrand parecia un ascua de oro, y la calle de San Florentino estaba materialmente cubierta de carruajes que dificultaban la circulacion de los que iban llegando más tarde, pudiéndose decir seguramente que nadie queria ser el último en penetrar en casa de la baronesa, y ménos todavía el primero en abandonar sus encantadores salones.

La escogida muchedumbre que los pobló desde las primeras horas de la noche fué tan compacta, que hubo de hacerse division entre los aficionados al baile, dirigiendo dos cotillones diferentes y simultáneos los señores vizconde d'Andigné y Mr. de Janzé.

Como casi todo el mundo conoce las bellezas del palacio de que nos ocupamos, por haberlas descrito mil reviseros de la prensa parisien, me ocuparé tan sólo de las maravillas que siempre eclipsan los mejores tapices, los cuadros más costosos y los bronce de más precio.

Me refiero á las hermosas invitadas que formaron el encantador complemento de esta *soirée* de las mil y una noches.

Encontramos en el baile, y rivalizando en belleza y en lujo, la marquesa de Masa, la de Belbeuf, duquesa de Grammont, condesas de Noirmont, de Pillet Will y de Jancourt, princesa de Metternich con su hija, marquesa de Hervey, duquesas de la Tremoille, de Feltre, de Albufera y de Fezensac, condesas de Montbrison, de Mercy-Argenteau y de Fontenilles, marquesa de Saint-Sauveur, M<sup>me</sup> Wurtzcastel, vizcondesa de Tredern, marquesa de Guadalmina, M<sup>me</sup> Sommier, baronesa de Hottinguer, condesa Guy de la Rochefoucauld, condesa de la Roche Aymond, M<sup>me</sup> Wilkinson, M<sup>lle</sup> de Lagrenée, baronesas de Lage y de Seillere, condesa de Gameda, M<sup>me</sup> Baltazi, etc., etc., etc.

Se bailó hasta las cinco de la mañana y se cenó de un modo espléndido, saliendo todo el mundo con la pena



393. Chal Récamier.



394. Vestido inglés. — 395. Vestido de céfiro. — 396. Vestido de esponjado de la China.  
397. Sombrero breton. — 398. Traje para niña de 8 a 10 años.



399. Traje de raso y encaje. — 400. Traje de taya.

de que obliguen algunas veces en la vida, las horas y el cansancio físico, á abandonar tan pronto el placer para entrar de nuevo en la prosáica rutina de la vida cotidiana.

\*  
\* \*

Hace pocos días se bailaba también en las casas de M<sup>lle</sup> de Tournon, de M<sup>me</sup> de Gargan y de la baronesa Gustavo de Rotschild, sintiendo no poder dar una idea de estas brillantes fiestas, por falta material de espacio.

Diremos para concluir que la duquesa de Fitz-James prepara magníficos bailes, que serán con seguridad acontecimientos de la temporada.

En suma : el mundo elegante se divierte, y nosotros pedimos á Dios no tener que ocuparnos de cosas tristes, ya que nuestro escaso mérito no alcance á hacer partícipes á nuestros lectores del solaz y esparcimiento que quisiéramos ofrecerles siempre con nuestras revistas.

F. DE ANDUEZA.

---

## DESCRIPCION DE LOS GRABADOS

393. *Chal Recamier*. Es un lindísimo modelo, copiado del que llevaba la célebre Teresa Cabarras. Se hace de tul español ó de tul adornado con perlas, y guarnecido con encaje surtido, con un solo paño largo cogido al costado de la falda. Sirve para completar el traje para teatro ó casino. Precio, 25 fr.

394. *Vestido inglés* de algodón crudo, imitación de raso, adornado con un ancho sesgo de céfiro escocés. Cuello grande y fruncido sobre el escote. Para 6 ú 8 años, completamente confeccionado, 29 fr. Este modelo emplea 5 metros de tejido crudo, 2 metros céfiro.

395. Bonitísimo vestido de céfiro rosa, adornado con fino bordado blanco. Una banda de surá forma una especie de apañado sobre la falda. Para 4 á 6 años se emplea : 4 metros de céfiro, 1<sup>m</sup>,75 surá, 12 metros de bordado. El vestido vale 35 fr.

396. *Vestido de esponjado de la China*, muy graciosamente adornado con un plastron de surá color de malva, formando alzacuello fruncido en el corpiño, y además plegado en abanico. El cinturón de lo mismo, apañado por delante, con hebilla de nácar, y atándose por detrás formando una grande lazada.

397. *Sombrero breton*, de paja con colores mezclados, ribeteado con terciopelo granate; cinta de terciopelo formando lazos largos por detrás.

398. Para jovencitas de 8 á 10 años, nuestro vestido de raso azul húsar constituye un traje muy elegante. Dos volantes guarnecen la falda, que lleva al traves una anchísima banda de surá encarnado, formando por detrás un lazo hecho á la mano. Detalle : 9<sup>m</sup>,50 de raso, 2<sup>m</sup>,50 de surá. Todo confeccionado vale 65 fr.

399. *La disposicion* de este traje, todo de raso y encaje, es muy nueva y lindísima. El delantal se compone de volantes de encaje, y está encuadrado con solapitas de raso azul claro. El plastron fruncido, y los pliegues de la falda son oscuros; el resto es de raso claro. Cuellecito de encaje. Se necesitan 22 metros de raso y 20 metros de encaje para este modelo, que vale, todo confeccionado, 290 fr.

400. La faya, que estaba decaída desde hace algunos años, entra decididamente en favor. Nuestro vestido es de raso

hortensia, color pálido muy delicado. Sobre el corpiño dentellado aparece un doble faldillin de encaje plegado. El dibujo indica claramente la disposicion del delantero de la falda, con apañados dentellados y acanastillados de encaje. Por detrás no lleva paf, pero sí largos aconchados de cinta formando flotes. Este traje, que exige 24 metros de faya y 25 de encaje, vale 300 fr. completamente confeccionado.

401. *Traje para el campo*, componiéndose de una falda de lana á cuadritos, plegada á la bretona. El corpiño, de estameña de verano, es de azul húsar, adornado con un cuello á chal, que cae sobre un chaleco á cuadros. Añadido muy levantado de caderas, de lana azul húsar. Tejido á cuadros, 8 metros; liso, 5 metros — Confeccionado vale 125 fr.

402. *Nuestra chaquetilla de paño amazona* azul húsar, es la novedad del día. Hechura de sastre con trencilla negra y entorchados. Vale 59 fr.

La falda de religiosa, color de rosa, mezcla de lana labrada.

403. Sombrero para joven soltera, de paja satinada, forrado con terciopelo garrobo. Lazo al costado, con media corona de amapolas de seda coral. Precio, 45 fr.

404. *Nuestro sombrero camargo* es de forma muy original, con alas desiguales, marcando una punta muy pronunciada y llevando una media corona enorme de cardos. El casco se rodea con un apañado de surá, sin lazo alguno. Ramillete de cardos al otro lado y flote de faya nutria formando las bridas. Precio, 49 fr.

405. Este modelo, alto de forma, cae recto por delante, y las alas, de las cuales la una es aplastada y la otra levantada, están forradas con terciopelo color de ciruela. Se guarnece con una banda ancha de encaje español color de ciruela, la que roza el cuello, y además con una pluma amazona surtida.

406. *Las Polonesas muy apañadas* se encuentran entre las formas á la moda. Se puede copiar para vestido de campo nuestro traje de rasete estampado y encaje. La polonesa está plegada sobre el pecho y ceñida con un cinturón de cinta, atándose al lado. La falda se compone de plegados de rasete liso y volantes de encaje. Emplea para su confeccion : 7 me-

tros de rasete estampado, 9 metros de rasete liso, 15 metros de encaje. Vale 110 fr.

407. *Traje para viaje* de estameña lisa, componiéndose de chaquetilla entallada, plegada por detras, formando dos largas puntas sobre los lados. La falda apañada sigue la misma trasformacion que la falda plegada. Los bolsillos, las mangas y las bocamangas, se adornan con bordado crudo ó moreno. Este modelo vale, todo confeccionado, 105 fr.; pero puede hacerse más sencillo, de tela lisa ó céfiro.

408. *Nos congratulamos de recomendar á las jóvenes señoritas* la bonita manteleta *Margarita*, que parece ser hecha expresamente para ellas. Es muy cortita de detras, bien ajustada á los hombros, con los paños delanteros largos, pareciéndose en la forma al chal. El delantero y la espalda son de raso liso, y las bocamangas de tejido adornado con perlas. En el escote va una grande golilla. Las mangas están guarnecidas con un fleco azabachado, mientras que el delantero y la espalda están adornados con golilla española.

JUANITA.

## EXPLICACION DE LAS LABORES PARA SEÑORAS

409. *Gorra matinal* de mansú jirasol, cobre ó azul. Forma redonda fruncida, guarnecida con encajes. Lazo alsaciano.

410. *Alzacuello de encaje y raso*. El cuello muy ancho se cubre con encaje plegado; los delanteros se terminan á paños dobles, los que recubren el encaje formando una chorrera en caracol sobre el pecho.

411. *Esclavina formando plastron*. Formando una larga punta fruncida, adornada con lazos de cinta. Tres hileras de encaje forman la esclavina por detras.

412. *Canastillo para envoltorios de recién nacidos*. Este sencillo canastillo de mimbre, lindamente cubierto con seda azul y muselina plegada, es uno de los muebles más bonitos para la ropa de recién nacidos, que puede desear una recién casada. En el fondo se coloca el calefactorio con agua caliente, y encima se colocan las almillas, pañales, cami-

sas, etc. En los compartimientos cerrados en la parte de arriba con una cinta de goma elástica, se colocan los cepillos, esponjas, polvos de licópodo y alfileres. Se puede hacer este canastillo más sencillo reemplazando el forro de seda con percalina lustrosa.

413. *Velador móvil*. Se hace con madera blanca, se cubre con felpilla y se guarnece con flecos. Un hermoso motivo bordado guarnece la superficie del velador, puede escogerse en nuestro album de bordados diferentes dibujos propios para este objeto. Los piés se cubren igualmente, y además se adornan con clavos dorados y borlas colgantes.

414. *Mesa con estantes*. Todo el mundo sabe cómo se hacen estas mesas Renacimiento, forradas con felpilla y clave-teadas con clavos dorados ó de acero. Se guarnecen con franjas surtidas. Con un poco de cuidado puede cubrirse por sí mismo; pero si son muy trabajadas, lo mejor es hacerlas cubrir por un tapicero.

## EXPLICACION DEL PATRON CORTADO

Manteleta *Margarita*, dibujo nº 408. Tres piezas solamente componen el patron: 1, delantero. — 2, espalda. — 3 manga. Se corta cada uno doble, despues se unen las dos partes de la espalda, y se añaden los delanteros por la costura de la hombrera. La pieza formando manga, que se hace de tejido claro, encaje, flequillo ó granadina en redecilla, se

ajusta con el bajo de la espalda y se cose haciendo llegar la muesquecita que se sobrepone enfrente de la costura del hombro. Se baja el largo de delante hasta la punta indicada. Se concluye con una tira ancha en la escotadura que sostiene una golilla de encaje, además se coloca la guarnicion.

CONCHITA.

## LA LUZ DEL ALBA

Risueño despierta el dia  
Entre las flotantes gasas  
Que forman las nubecillas  
En su cuna regalada.

La rica naturaleza  
Viste sus mejores galas,  
Para ofrecer sus tributos  
Á la luz de la mañana.

Todas las flores despliegan  
Sus coloras perfumadas,  
Todos los mansos arroyos  
Risan su linfa de plata.

Con dulce murmurio el árbol  
Su copa al cielo levanta,  
Despertando al pajarillo  
Que dormia entre sus ramas;

Y entónces se oye un concierto  
Que el espíritu arrebatá,  
El hossanna de las aves  
Á la omnipotencia santa.

Esto dicen los poetas,  
Cuando entre celages, pálida  
Asoma por el oriente  
La luz bendita del alba.

ELADIA BAUTISTA Y PATIER.



401. Traje para el campo. — 402. Chaquetilla con entorchados.





403. Sombrero para señorita joven. — 404. Sombrero Camargo. — 405. Sombrero para las carreras.

# CORREO DE LA MODA



YER aún hacia furor la moda estrecha y aplastada, el busto demacrado, las caderas imperceptibles; y parecía que no llegaríamos jamás á ajustar, lo suficiente, las prendas sobre el cuerpo, para marcar los contornos á la perfección. Hoy, al contrario lo ahuecado sobre pasa todos los límites.

No mortifiquen ustedes su imaginación, señoras, pues la novedad de que se trata, no es hija de un pensamiento complicado y laborioso, ni tampoco de estudios sabios, no... Es ni más, ni menos un cambio muy sencillo, el que las presento, muy olvidado, en verdad, y muy despreciado hasta aquí pero hoy, coqueta y seductora para ese capricho autoritario y prestigioso, que reina absolutamente en sus dominios: la moda.

La falda redonda, á derecho hilo, tal cual la llevan todavía las personas ancianas, que desprecian la moda, sus pompas y caprichos, es la favorita del día.

No trataré de probarlas que encierra el aire elegante de la estrecha y aristocrática coraza, amoldando el busto; pero como dice melancólicamente una de nuestras grandes modistas: « ¡Es preciso dejar las faldillas!... »

Los primeros ensayos son bastante tímidos para darnos el cambio, la falda, fruncida y cosida al mismo corpiño, se recoge con apañados. Pero, para los que conocen la marcha de las cosas, en este entremedio, en el cual está convenido el sobre pasar los efectos, los paños fruncidos nos conducen poquito á poco al vestido redondo y ancho de 1840.

Además, cuando se retrocede se hacen algunos altos en el camino de los recuerdos. Es por esto, tal vez, que yo he podido ver llevar muy elegantemente, la falda redonda con tres ó cuatro volantes, colocados todo al rededor, con una lazada grande de cintas, por detras, reemplazando el paf. Es la verdadera falda contemporánea de los miriñaques, cuya memoria no es nada seductora.

¡El miriñaque!... ¡Qué horror me causa este nombre, y qué desgracia sería si llegase á introducirse de una mana arrastrada, entre ese gran número de antiguallas que se exhuman y aparecen á menudo sobre la excena!...

Mientras tanto, es preciso contar con el polizon. El cual tímido al principio toma al presente proporciones inquietantes, y dentro de poco llegaremos á la fase de la exageración. ¡Es una fatalidad!...

El refajo, el polizon, las enaguas, los manteos; en una palabra. ¿Cómo arreglar todo ese faldamento, para que sea á la vez ligero, cómodo y conforme á las inspiraciones de la moda?

Conozco sistemas que son perfectos, mientras que la mujer permanece de piés é inmóvil. Pero cuando echa á andar, las rodillas se marcan de una manera lamentable; si desea sentarse, no logra el hacerlo de una manera propia, á menos de que haya hecho estudios adelantados.

¡Verse reducida al estado de un maniquí inerte, qué humillación y qué tiranía!...

Por lo tanto, yo aconsejo á mis queridas lectoras que renuncien á la ahueca-faldas de acero y de crin, porque el vuelo circunscrito en un espacio estrecho, sostiene muy bien las faldas, es muy cierto, pero impide la libertad de los movimientos, á causa de la misma estrechez que ocasiona.

Algo menos de regularidad en los pliegues del vestido y más naturalismo en las actitudes... Este es mi modo de pensar, y también el vuestro. ¿No es cierto queridas lectoras?

Las propongo el siguiente afaldamento: un polizon muy pequeño, sirviendo de apoyo, una enagua guarnecida solamente por detras con volantes ribeteados, y almidonados muy recios.

En el interior de la enagua, una jareta colocada por detras á la altura de las rodillas, permite ensanchar ó encoger el vuelo de detras. Se pone encima del ahueca-faldas una enagua más ó menos guarnecida.

Se me dira, tal vez, que es un inconveniente lo caro que cuestan las enaguas bien almidonadas... No digo que no; pero entre dos males, debe escogerse el más pequeño.

El ahueca-faldas de crin es horriblemente pesado y se aplasta; el de acero agujerea la tela que le cubre y estropea las enaguas, hinchándose á diestro y á siniestro; el ahueca-faldas almidonado necesita ser reemplazado á menudo. ¿Señores inventores, ustedes que poseen el don de la invención, por qué no inventan de seguida una nueva trampa para el uso de las señoras?...

La lucha entre los vestidos sin sobre falda, y vestidos con ella, no está aún decidida. Se ha convenido, hasta nueva orden, que los vestidos de seda espesa serán lisos, adornados simplemente con una gola grande á los bajos y apañados muy cortitos sobre las caderas.

En cuanto á los tejidos ligeros, velos de monja, y lapas no cruzadas, se confeccionan los donosos vestidos, con profusión de encajes, que ustedes conocen.

EMMA.

## LA CASA DEL DIABLO

(Continuacion)

V



ASARON algunos dias, y la enfermedad de la jóven se agravó considerablemente.

Alfredo no habia vuelto á verla, y en vano enviaba ella un dia y otro á la anciana dueña con esquelas; nunca le hallaba á su paso.

El padre se habia encerrado en una muda reserva con respecto á la peticion de Alfredo.

Todo se conjuraba en contra de la pobre niña.

Hasta el doctor habia tenido la ocurrencia de aconsejarla mudar de aires, y esta partida, que debia ser muy próxima, era el último adios á su esperanza.

La vispera de su marcha se presentó Juana con un pliego cerrado y un semblante muy risueño :

— Ved lo que me ha dado para vos, señorita.

Carolina tuvo un momento de vacilacion. ¿Qué la diria Alfredo despues de tan largo silencio y de tan injustificada ausencia? ¿Sería una reconciliacion? ¿Sería su eterna despedida?

Rompió el sobre y sus ojos encontraron estas lacónicas frases : « Espérame esta noche. »

La esperanza animó su pálido semblante.

Don Miguel, sin conocer la causa, entrevió en aquel destello de nueva vida la curacion de su hija.

Carolina se puso de atalaya en su ventana esperando á su amante con ansiedad.

Trascurrieron las primeras horas de la noche y la jóven empezó á desconfiar del cumplimiento de la cita.

Despues de mediada, y cuando Carolina era presa de una agitacion febril, apareció Alfredo por el camino; llegó á la casa y alguna mano amiga debió olvidarse cerrar la puerta de entrada, por cuanto le fué fácil penetrar hasta la glorieta.

Un grito de alegría se escapó del pecho de la jóven y el eco repitió un nombre. — ¡Alfredo!

— ¡Carolina! contestó el recién llegado.

— Cuántos dias sin verte, temia que la losa del olvido grabase sobre tu corazon. Pero tú me amas cual yo á tí y nunca dejarás de verme.

— ¿Nunca? ¿No partes mañana para Barcelona?

— Lo habia olvidado Alfredo; pero...

— Pero partirás sin remedio, y yo vengo á despedirme de tí acaso para siempre.

— ¡Para siempre!

Si; me vuelvo á campaña á buscar la paz de mi espíritu en una muerte segura.

— ¡Alfredo! ¡Alfredo!

— Tú no me amas lo suficiente para sobre poner tu voluntad á la de tu padre. Si tú me amases no me dejarias partir.

— ¿Y qué puedo yo hacer para impedirlo?

— Casarnos sin que tu padre se entere.

— ¡Dios míos!

— Mañana corro á san Mateo á ponerme á las órdenes de Cubells.

— Alfredo, Alfredo, ten compasion de mí.

— Todo está dispuesto; sigue me, y ántes que el nuevo sol aparezca por Oriente, serás mi esposa.

— ¿Y mi padre?

— Nos perdonará. Los padres perdonan siempre á sus hijos.

Carolina, seducida por el apasionado acento de Alfredo y dominada por el temor de perderlo para siempre, salió de la casa paterna procurando no ser sentida.

Tomaron el camino que conduce á Viscaroz y llegaron al pueblo sin alteracion alguna parándose ante una casa de modesta apariencia.

Alfredo llamó con mano firme y un hombre jóven á juzgar por la voz dijo desde una ventanilla :

— ¿Quién va?

— ¿Está mosen Andreu?

— ¿Qué quereis?

— Decidle que un caballero tiene precision de verlo al momento.

— ¿Quién sois?

— No os interesa; pasad el recado.



406. Traje para la campiña. — 407. Traje para viage.



409. Gorra matinal. — 410. Cuello con alzacuello. — 411. Eslavina forma de plastron.  
 412. Canastillo para envoltorio de recién nacido. — 413. Velador móvil. — 414. Mesa con estante.

Tardó un largo rato en abrir, y nuestros personajes fueron conducidos ante la presencia de un venerable anciano, cuyas altas virtudes se reflejaban en su bondadoso semblante.

— ¿En qué puede servirnos este humilde siervo del Señor?

— Asuntos de vuestro ministerio.

— Carolina, hija mia, dijo el sacerdote con alguna confusion; ¿está enfermo tu padre?

Esta comprendió que nada habia tratado entre Alfredo y el anciano, y se ocultó el rostro sollozando.

— Esta jóven, dijo Alfredo, está dispuesta á seguirme; si que reis bendecir nuestra union Dios os lo premiará; si os negais, pedirle perdon en nuestro nombre.

— ¡Dios mio! exclamó el sacerdote elevando una mirada hácia un crucifijo de madera que ostentaba la mesa de su modesta habitacion.

El sacerdote quiso hacer alguna advertencia; pero Alfredo le interrumpió con descortesía.

Carolina fué la esposa de Alfredo en el breve término que este le habia ofrecido.

Durante la ceremonia estuvo preocupada, la mirada del anciano sacerdote la tenía ante sí cual fiel espejo de las virtudes de su alma, y aquella mirada habia penetrado hasta el fondo de su corazon y leído su falta.

Cuando el nuevo sol doraba la cúpula de la torre, Carolina y Alfredo se dirigian hácia la casa paterna.

Un grito agudo se escapó del pecho de aquella y se afianzó más al brazo de su esposo como si temiese le arrebataran.

Alfredo se encontró ante la presencia del anciano padre de su amada, del que habia sido su protector.

— ¡Alfredo! ¿Que has hecho? le interrogó con indescriptible acento.

— Dad la vida á vuestra hija, por la vida que me disteis vos. Me he casado.

— ¡En la sombra del misterio!

— No; á la luz de la religion. Mosen Andreu dará parte mañana á la autoridad eclesiástica y el hecho será público.

— Que Dios nos perdone á todos. No llores Carolina, hija mia, guarda tus lágrimas porque las vicisitudes de la vida suelen ser un manantial de inagotables amarguras : tu padre te ama y te perdona.

## VI

Trascurrió un año en el que Carolina hubiese sido muy feliz si su cariño hubiera sido suficiente á borrar la tristeza que consumia á su anciano padre.

Séase que se le comunicase á su esposo ó que era natural en su carácter, Alfredo se hizo grave, casi discolo y la infeliz Carolina compartia sus bondades entre ambos, sin conseguir sacarlos de su abstraccion.

Un nuevo acontecimiento hizo esperar á la jóven esposa que se efectuase un cambio en la familia, pero la desdichada sufrió un desencanto más en sus tristes ilusiones.

El primer fruto de su amor fué recibido por su esposo casi con indiferencia. El abuelo lo besó en la frente y dejó una lágrima en sus tiernas mejillas.

Carolina perdió la esperanza de una felicidad completa, y reasumió todas sus aspiraciones en aquel hijo á quien creía ya desgraciado.

Las gracias del tierno infante, no lograron arrancar una sonrisa de los labios de su padre, ni de su abuelo, estrechándose tanto la tristeza de este que murió cuando el niño tenía apenas un año.

Carolina sintió vivamente esta desgracia, y como el mal tiene temor de presentarse solo, con este vino, casi el completo desvío de su esposo, por el que pasaba lejos de ella semanas enteras sin comunicarle qué asuntos motivaban tan sentida ausencia.

Una tarde habló largo rato con el personaje misterioso que se habia presentado alguna otra vez.

Alfredo mostróse contrariado de lo que debió decirle, porque su semblante era tan adusto que la infeliz Carolina no se atrevió á interrogarle.

Es preciso, le dijo él despues de largo rato de silencio, que realicemos las fincas y nos vayamos muy lejos de aquí.

Carolina creyó se abria un abismo á sus pies.

En aquella casa habia nacido; en ella se encerraban todos los sagrados recuerdos de su familia y tambien en ella habia soñado un mundo de felicidad, que tan pronto la experiencia habia trocado en amargo desengaño. Parecíale que lejos de aquellos sitios le sería más triste la existencia, velada allí por la sombra de sus mayores, cuyas cenizas reposaban cerca de su hogar.

— ¿Vacilas? le interrogó Alfredo con duro acento.

— Temo perder la fortuna de mi hijo. Nuestras fincas están muy repartidas; realizadas, no nos proporcionará el producto del efectivo ni acaso para vivir. ¿No debemos pensar esto?

— Nada tengo que pensar, nada necesito, ni nada quiero. Ya es tiempo que lo sepas todo. Yo soy un sér proscrito, la fatalidad ha descubierto el velo que envolvía mi existencia y con él acaso mi asilo; yo no puedo permanecer aquí ni un momento más.

— Alfredo, lo primeso es tu vida, vámonos donde tú quieras.

— Me iré yo; te he manifestado mi secreto para que sepas al hombre que has entregado tu mano, para que nunca me busques, porque el camino que te llevaria hasta mí sería un lago de lágrimas por el que luego volverias á devorarlas en el silencio de la soledad. ¡Adios para siempre!

— ¡Alfredo! ¡Alfredo! No me abandones. ¿Qué sería de mí sin ti?

— Tú tienes tus fincas para vivir. ¿Qué más necesitas?

— ¿Tanto te ha ofendido mi advertencia? ¿No te he dicho que eres tú antes que todo?

— Es tarde, Carolina, déjame partir en paz.

La desconsolada esposa presentó al pequeño Miguel, y el padre pareció vacilar un momento; mas en breve revistió su semblante de aquella expresion de indiferentismo que hacia-tiempo era el tormento de la infortunada Carolina.

Ni las súplicas ni lágrimas, alcanzaron una esperanza de aquel corazon de bronce y aquella noche cuando los pacíficos labradores de las cercanías, se entregaban al reposo, Alfredo abandonó a aquellos lares en los que tan noble proteccion halló.

Carolina salió al camino para dar el último adios á su esposo, al hombre que habia despertado su corazon al amor, para hundirlo más tarde en el abismo de la desesperacion.

A favor de la luna, contemplaba, cómo paso á paso se alejaba de su hogar, y aquella distancia marcaba en su corazon, con la pérdida de su esperanza, el abatimiento de su espíritu.

El temor del peligro que amenazaba á su esposo y el dolor de su abandono, despertaron en su corazon horrible trastorno.

Carolina transida de dolor, no tuvo fuerzas para volver á su casa.

La lucha de sus sentimientos perturbaron sus ideas no atreviéndose abandonar aquel sitio por si su Alfredo volvía.

La luz del nuevo dia disipó las tinieblas de su razon, comprendió que estaba sola en el mundo sin más proteccion que el cielo.

A él dirigió sus ojos arrasados en lágrimas y con vacilante paso se encaminó á su morada.

Al llegar á la puerta, un sin número de recuerdos tomaron forma en su corazon. ¡Qué horas tan felices habia pasado en aquella especie de santuario! ¡Qué sombrío se presentaba su porvenir!

Corrió á la cuna de su hijo y su sueño era tranquilo, dulce.

— ¡Dichosa edad! exclamó con dolor, mientras lo besaba bañando en lágrimas su rostro.

El niño se despertó contrariado, y lloró.

— Respondes al sentimiento de tu madre, hijo mio; la desgracia vela tu infancia, tambien serás desgraciado.



408. Manteleta Margarita,

## VII

Carolina enjugó su llanto, dominó su dolor viviendo sólo para el cuidado de su hijo y esperando la vuelta de su esposo. ¡Es tan grato esperar! Por eso ella acariciaba esta ilusión sola hija de su deseo.

Alfredo no le escribió en el transcurso de un año, ni ella pudo adquirir noticias suyas; pero una tarde casi a oscurecer se acercó á su puerta un hombre en el que reconoció el que visitaba á su esposo.

Carolino lo vió aproximarse, presa de las más encontradas emociones.

— Vuestro esposo está muy necesitado, — le dijo casi sin pararse. — Volveré.

La enamorada esposa trató inútilmente detenerlo; más todo lo esperaba de aquella lacónica frase : « Volveré. »

Los bienes de Carolina habian sufrido alguna pérdida; no obstante tenía economías, y pareciéndole poco realizo en pocas horas parte de sus fincas. La infeliz creía comprar la gratitud de Alfredo ignorando hasta dónde legaba la dureza de su corazón.

Al tercer día se le presentó el hombre misterioso llevándose la suma, y sin dar una respuesta satisfactoria, á la ansiedad conque fué interrogado.

Aquella visita se repitió en la misma forma al año siguiente y en el otro : era una fé de vida que Carolina pagaba al subido precio de su ruina.

La última vez que vió al hombre misterioso, esperó con ansiedad se le acercase, pero lejos de hacerlo así parecía recatarse de su vista. Su corazón desfallecía víctima de un triste presentimiento : acaso habia muerto su esposo.

Esta preocupacion de su espíritu, la hizo entregarse á un intranquilo sueño. Continuas pesadillas le aquejaron toda la noche y se levantó más tarde que de ordinario.

Preguntó por su hijo y Juana le dijo jugaba como de costumbre en la glorieta.

Carolina quiso borrar con sus infantiles caricias las emociones anteriores, y corrió en su busca.

El niño no estaba en la glorieta, ni en sitio alguno de la casa, ni en los pueblos inmediatos.

La madre adivinó la causa de la desaparicion de su hijo; aquel hombre fatal lo habia robado, sin duda, por órden de su padre.

La desesperacion de Carolina no conoció limites.

Su imaginacion era pequeña á contener las ideas que le agitaban y el extravío de su razón la llevó á un lamentable estado de idiotismo.

Juana contaba á todo el mundo que hacia siete años habia llegado el diablo á aquella casa pidiendo hospitalidad y que en igual fecha renovaba la visita dejando siempre una huella; y como al año de la desaparicion del niño, murió ella, aquellas gentes sencillas hacian señal de la cruz al pasar.

## VIII

Una noche sintieron los vecinos más inmediatos gran algazara en la casa del diablo, y todos cerraron sus puertas y rezaron con fé. La justicia corrió al lugar de la catástrofe encontrando un cuadro imponente :

La idiota habia sufrido un acceso de locura, á la presencia de unos hombres que penetraron en su hogar.

Uno de ellos yacia en el suelo, estrangulado, y luchaba desesperadamente con el otro, en poder del que hallaron los títulos de propiedad, de lo poco que poseía la infeliz Carolina.

Alfredo, pues no era otro, el que acompañado de su cómplice se unia para tan ruin despojo, cayó en poder de la autoridad civil y de esta á la militar, siendo juzgado y pasado por las armas por delito de conspiracion y traición.

Carolina murió en una casa de dementes á la edad de 28 años y el pequeño Miguel fué recogido y educado por el caritativo mosen Andreu.

CLEMENCIA LARRA

---

NOTA. — *Suplicamos á todos los suscritores y corresponsales, que están en descubierto del importe de las suscripciones, se dignen remitirnoslo con arreglo á las instrucciones dadas de antemano á fin de que podamos normalizar nuestras cuentas, y para evitarlos la suspension del envio del periódico.*

---

*El Gerente : J. ROUVEIROLLIS.*

---